

NOVELA NEGRA

Denominación que se aplica a un subgénero narrativo (relacionado con la novela policiaca), que surge en Norteamérica a comienzos de los años veinte, y en el que sus autores tratan de reflejar, desde una conciencia crítica, el mundo del gansterismo y de la criminalidad organizada, producto de la violencia y corrupción de la sociedad capitalista de esa época. La expresión «novela negra» surge en Francia para designar una serie de novelas pertenecientes a este subgénero, traducidas y publicadas en la colección Gallimard (1945), y que J. Prévert denominó «Série Noire» por el simple hecho de llevar el color negro las pastas de dichos libros. Cuando, algo más tarde, comienzan a llegar las primeras películas americanas basadas en estos relatos (p. e., *El halcón maltés*, de J. Huston, versión cinematográfica de la novela homónima de D. Hammett), quedará definitivamente fijada la expresión «filmes noirs» y «roman noirs» para las películas y novelas en las que se aborda la temática mencionada. En España coexiste esta denominación «novela negra» con las de «novela de crimen» o «novela criminal» y «novela policiaca».

Aunque estos relatos siguen, fundamentalmente, el esquema de la **novela policiaca* (presencia de un crimen, investigación del mismo por un detective, descubrimiento y persecución de los culpables) y una organización análoga en el desarrollo de la historia (relato a la inversa, etc.), sin embargo, se diferencian de ésta en que el interés primordial no radica tanto en la resolución del enigma cuanto en la configuración de un cuadro de conflictos humanos y sociales, además de un estudio de caracteres, a partir de un enfoque realista y sociopolítico de la contemporánea temática del crimen» J. Coma, 1980). Otra diferencia fundamental radica en que, frente a la condición de "paraliteratura" asignada a buena parte de las novelas policiacas, la novela "negra" norteamericana se ha convertido, gracias a sus grandes maestros, en un subgénero narrativo de indudable prestigio literario. En este sentido, se deben recordar los juicios elogiosos de A. Malraux, A. Gide o L. Cernuda hacia la obra narrativa del iniciador de la novela negra, D. Hammett, a quien el mencionado poeta español consideraba como «un escritor para escritores, un técnico agudo en el arte de la novela y un estilista».

El contexto económico y sociopolítico que sirve de referente a estos relatos es la sociedad americana de los años veinte, caracterizada por la aparición de una cultura de masas (aglomeraciones urbanas, revolución de los medios de comunicación: prensa, radio, cine), exaltación del ideal del bienestar y del consumo, y también del triunfo y de la violencia, inmigración y negocios sucios (alcohol, prostitución, apuestas) en busca de rápidas y grandes fortunas, etc. En este ambiente surgen bandas organizadas que trafican con el alcohol, el juego y la prostitución, amparándose en la actitud permisiva y corrupta de ciertas instituciones y personas de la administración (alcaldes, jueces, policías), que son

sobornados por un gansterismo poderoso. Frente a este mundo degradado, surge la figura de un nuevo detective, que, junto al abogado y el periodista, se enfrentan a esta sociedad del crimen organizado. Esta nueva figura presenta unos rasgos de mayor dureza, inclinación a la violencia justiciera y a la acción individualista, al margen de la policía. Ejemplos de este nuevo detective serían Race Williams (personaje creado por C. J. Daly), Continental Op (creado por Hammett), etc.

Entre los autores más notables de esta no-vela negra deben citarse al ya mencionado D. Hammett (*Cosecha roja*, 1929; *El halcón mal-té*, 1930; *La llave de cristal*, 1931, etc.), W. R. Burnett, R. Chandler, Ch. Himes, J. Thompson, etc. Esta novela norteamericana va a contar con imitadores en Europa desde finales de los años treinta y, especialmente a partir de la Segunda Guerra Mundial: P. Jeney, J. Hadley Chase y J. Symons en Inglaterra, Boris Vian, P. Boileau-T. Narcejac y

Giovanni en Francia, G. Scerbanenco y L. Sciascia en Italia, F. Dürrenmatt en Suiza, M. Vázquez Montalbán, J. Madrid, P. Casals, A. Martín, etc., en España, donde, a mediados de los ochenta surgió una colección titulada «Etiqueta Negra», en la Editorial Júcar, en la que se han publicado más de ciento treinta obras de este subgénero, entre cuyos autores figuran D. Hammett, Ch. Himes, J. Thompson, D. E. Westlake, etc., y escritores españoles como J. Madrid, J. Ibáñez, A. Martín, F. González Ledesma, etc. Sobre el desarrollo de esta novela negra (o policiaca, como algunos críticos siguen denominándola) en España, y su posible incidencia en la renovación de la narrativa contemporánea española, puede verse NOVELA POLICIACA.

NOVELA POLICIACA.

Es un tipo de relato en el que se narra la historia de un crimen, cuyo autor se desconoce, y en el que, a través de un procedimiento racional, basado en la observación e indagación (llevada a cabo, normalmente, por un detective), se logra descubrir al culpable o culpables. La denominación de esta modalidad de relatos varía según los distintos países: *detective novel*, *roman policier* y *roman noir*, *Kriminalroman*, etc. Dichas denominaciones figuran también en la crítica española: novela de detectives, novela policial, novela negra, novela criminal, etc.

Entre los antecedentes remotos de la novela policiaca o criminal suelen citarse unos opúsculos publicados en Inglaterra en las primeras décadas del siglo XVIII (*The Newgate Calendar*, *The Malefactor's Register*, etc.), en los que se relataban las aventuras de ciertos delincuentes y las circunstancias de su captura por la policía. Estos relatos, escritos, al parecer, con un fin educativo, y basados en

informes oficiales del Tribunal de Londres, que había condenado a dichos delincuentes, introducen ciertos elementos de ficción que magnifican las hazañas de estos criminales, respondiendo probablemente a las expectativas de un público lector que seguía con interés estas publicaciones. Posteriormente, surgen ciertas biografías de delincuentes, escritas en forma anovelada (*Lives of de most remarkable criminals*, 1732). Uno de esos criminales, Jonathan Wild, ahorcado en 1725, «tendrá su cronista en Daniel Defoe, y su novelista en Henry Fielding, en su *The history of the life of late Mr. Jonathan Wild the Great* (1743)» (A. del Monte, 1962). Un tipo similar de relatos surge también en Francia sobre célebres bandidos y criminales, como L. Mandrin, P. Coignard, etc. De ese mundo de la marginalidad social procede un famoso delincuente, E. F. Vidocq, convertido más tarde en agente secreto de la policía (1810) y dedicado a combatir a las bandas criminales, el cual escribió varios libros sobre este ambiente de la delincuencia y las actuaciones de la policía en su tarea de investigación y captura de los malhechores: *Los ladrones*, 1836; *Los fogoneros del Norte*, 1845, etc. Estos libros, al igual que sus *Memorias* (1828-1829), gozaron de una gran acogida en Francia. Esta última obra, traducida al inglés, fue conocida por el que, comúnmente, es considerado como el iniciador de la novela policiaca, E. A. Poe. En su libro *Los crímenes de la calle Morgue* (1841), aparece ya el esquema básico y los caracteres peculiares de este tipo de relatos: un crimen misterioso (dos mujeres asesinadas en una estancia impenetrable), una investigación del caso a través de minuciosa observación y razonamiento, el encuentro de la solución (después de desechar las hipótesis no fundadas y haber comprobado la validez de la que en principio parecía menos creíble: un orangután, causante de esas muertes), y, finalmente, presencia de un detective (C. A. Dupin), como personaje fundamental, a cuya indagación se debe la resolución del caso, y no a la policía oficial.

En el desarrollo posterior de este subgénero narrativo inaugurado por E. A. Poe, se mantendrá, en lo esencial, este esquema de novela (crimen inexplicable a primera vista, investigación sobre el caso, solución del mismo), la cual presenta como característica más sobresaliente la técnica del relato a la inversa, ya que empieza por el final de la historia (una muerte, la desaparición de una persona o de un objeto de valor) y se encamina hacia el comienzo de la misma: la comisión del asesinato, secuestro o tobo, y el descubrimiento del culpable. Otro rasgo peculiar afecta a los personajes, marcados por un carácter estático (no sufren alteración o evolución en el transcurso de la obra) y manqueo: buenos-malos, policía o detective-delincuente, delator-encubridor. etc.

Entre los cultivadores más notables de la novela policiaca, figuran los británicos A. Conan Doyle (creador del detective privado Sherlock Holmes: *Las aventuras de Sherlock Holmes*, 1892; *Las memorias de Sherlock Holmes*, 1894, etc.); A. Christie (que configura a: detective H.

Poirot: *El misterioso caso de Styles*, 1921; *El asesinato de Rogelio Ackroyd*. 1926, etc.), los norteamericanos E. Wallace. W. Irish, S. Van Dine, etc., los franceses E. Gaboriau, M. Leblanc, P. Souvestre, P. Boileau y Th. Narcejac, el belga G. Simenon. etc.

Un tipo especial de relato, vinculado a la novela policial o criminal, es la denominada **novela negra* norteamericana (surgida en torno a la crisis del 29), cuyos representantes más destacados son D. Hammett, J. M. Cain. Chandler, Ch. Himes, etc., y que, por sus peculiares características, *merece* un estudio aparte.

Aunque bastantes novelas policíacas (p. e., las de A. Christie) caen dentro de lo que se ha dado en llamar **paraliteratura*, sin embargo, otras son reconocidas hoy como obras de in-negable valor por su perfección en cuanto a estructura, desarrollo de la intriga y en el arte de narrar. De hecho, prestigiosos escritores han incorporado a algunas de sus obras cierras técnicas narrativas de la novela policiaca, p. e., Graham Greene, A. Robbe-Grillet, Dürrenmatt, J. L. Borges, A. Bioy Casares, etc.

Por lo que respecta a la literatura en lengua española, ciertos críticos y novelistas se han interrogado en más de una ocasión si existe propiamente una novela policiaca. Como antecedentes remotos del relato policiaco suelen citarse *El clavo* (1853), de P. A. de Alarcón, *La incógnita* (1889), de B. Pérez Galdós; *La gota de sangre* (1911), de E. Pardo Bazán (que escribió, además, algunos cuentos relacionados con el tema: *De un nido*, 1902, *La cita*, 1909, etc.), *Una mancha de sangre* (1915), de J. Belda, *El vampiro rojo* (1931), de A. Fernández Arias, etc. Entre los años veinte y la Guerra Civil surgen algunas colecciones («Detectives», «Enigma», «Biblioteca Oro»), en las que se editan novelas de crimen y relatos policíacos elaborados según el modelo de la novela de enigma. En la etapa de la Dictadura (1939-1975), continúa la colección «Biblioteca Oro» (con novelas de V. Arias Archidona, J. Mallorquí, etc.), y aparecen la «Serie Wallace», (con obras del mencionado A. Fernández Arias, M. Vallvé, etc.), la «Colección Misterio» (con textos de G. y L. Gossé, G. López Hipkiss, y otros), etc. De esta época arrancan algunos de los antecedentes del relato policiaco autóctono, al publicarse *El inocente* (1953), de M. Lacruz, las novelas de F. García Pavón que tienen como protagonista a Plinio, jefe de Policía Municipal de Tomelloso, y algunos textos de M. de Pedrolo, T. Salvador, A. Núñez Alonso, C. Paradinas, etc.

En este mismo período surge en algunos países hispanoamericanos un notable cultivo del relato policiaco, con obras de verdadera calidad literaria, especialmente en Argentina: *Un modelo para la muerte* (1946), de J. L. Borges y A. Bioy Casares; *Los que aman, odian* (1947), de A. Bioy Casares y S. Ocampo; *Triste, solitario y final* (1973), de O. Soriano, etc. También se desarrolla en Cuba (*Asesinato por anticipado*, 1966, de A. Correa, *Enigma para un domingo*,

1971, de I. Cárdenas, etc.), México (Ensayo de *un crimen*, 1944, de R. Usigli), etc.

Es en el período democrático, hacia finales de los setenta, cuando se puede hablar ya con rigor de la aparición de una novela policiaca y criminal o negra en España, sobre todo, a partir de las obras de M. Vázquez Montalbán: *La soledad del manager* (1977), *Asesinato en el Comité Central* (1981), *Los pájaros de Bangkok* (1983), *La Rosa de Alejandría* (1984), etc., cuyo protagonista es el detective Pepe Carvalho. Se ha indicado que este autor utiliza los recursos de dicha novela «para incorporar al relato un agudo y sabroso análisis de la realidad nacional, tanto en sus conflictos histórico-sociales y políticos como en su dimensión cultural» (S. Sanz Villanueva, 1992). En la década de los ochenta aparece una *serie* de narradores con obras de notable valor en este campo, entre los que cabe citar a J. Madrid (creador del detective Toni Romano: *Un beso de amigo*, 1980, *Nada que hacer*, 1984, *Regalo de la casa*, 1986, etc.), A. Martín (*Por amor al arte*, 1987), *Barcelona Connection*, 1988), J. Martínez Reverte (*Demasiado para Gálvez*, 1979, *Gálvez en Euskadi*, 1983), P. Casals (*La jeringuilla*, 1986, *El señor de la coca*, 1988, etc.), F. González Ledesma (*Crónica sentimental en rojo*, 1984), C. Pérez Merinero (*La mano armada*, 1986), J. Ibáñez (*Mi nombre es Novoa*, 1986), etc.

El desarrollo reciente, en España, de esta novela policiaca (o «novela negra, como prefieren algunos críticos), que ha logrado un prestigio literario por obra de los autores mencionados. coincide con la vuelta al gusto por contar, con la recuperación de la narratividad, que se advierte en bastantes escritores (E. Mendoza, J. J. Millas, L. Mareo Díez, J. M. Merino, etc.), alguno de los cuales, Mendoza, p. e. (*La verdad sobre el caso Savolta*, 1975), e, incluso, J. Benet (*El aire de un crimen*, 1980) utilizan elementos de novela policiaca, o de novela negra.

Texto procedente de Demetrio Estébanez Calderón: *Diccionario de términos literarios*, Madrid, Alianza (Alianza Diccionarios), 1996, pp. 760-764. Está escaneado, así que puede que tenga alguna errata que se me haya pasado por alto...